

La intervención social en los escenarios actuales. Una mirada al contexto y el lazo social

Alfredo Juan Manuel Carballeda

*La zona de angustia (así la denominaba Erdosain)...
era la consecuencia del sufrimiento de los hombres, como
una nube de gas venenoso se trasladaba de un punto
a otro sin perder su forma; plana y horizontal...
Angustia en dos dimensiones que guillotinando las gargantas
dejaba en éstas un registro de sollozo...*
Roberto Arlt, *Los siete locos*, 1930.

Lo social y la angustia

Pensar los escenarios actuales de intervención social, implica una inevitable mirada y reflexión a la singularidad del encuentro entre lo macro social y lo micro social. También supone ubicarla dentro de un contexto caracterizado por el agotamiento y la última etapa del discurso neoliberal que se expresa en diferentes formas de malestar.

Por otro lado, hay otro discurso que va surgiendo en nuestro continente, una forma de enunciado que aún no está del todo escrito y que puja en diferentes terrenos con el neoliberalismo, produciendo una serie de choques y enfrentamientos que son generadores de una multiplicidad de contradicciones franqueadas por certezas y dudas. Esa pugna, en tanto generadora de acontecimientos, posee dos órdenes de mediación. Uno de ellos es el territorio, tanto desde lo material como lo simbólico, que es atravesado por lo macro social; el otro se expresa en la singularidad de cada actor social. El contexto de la intervención en lo social, de esta manera, se encuentra marcado por una serie de inscripciones que generan nuevas y más interpelaciones. Tal vez los ejes más relevantes de estas preguntas pasen por los efectos del neoliberalismo en la trama social, tanto desde lo objetivo –las desigualdades–, como en la construcción de nuevas formas de subjetividad.

La pérdida de anclaje material y simbólico, la caída de las referencias, de la previsión, la precariedad de la vida cotidiana y la movilidad descendente, en una cultura donde pareciera que sólo ofrece objetos como formas de satisfacción, construyeron y siguen sosteniendo desde hace décadas un modo de padecer que afecta tanto lo social como lo subjetivo.

En esas cuestiones las sociedades arrasadas y paralizadas por el terrorismo de mercado sufrieron y aún sufren formas de cimentación de subjetividades que se expresan de diferentes maneras, pero fundamentalmente, dando cuenta de la fragmentación de la solidaridad, los lazos sociales y las relaciones de intercambio y reciprocidad. En definitiva, de la sociabilidad. Una nueva forma de malestar se presenta en un contexto que algunos autores definen como de *hipermodernidad*. Pareciera que lo que sobresale como expresión del malestar es una especie de afirmación que se hace desde los profetas del mercado, que culmina en una salida que podría sintetizarse en la idea de habitar dentro de una civilización donde pasa todo y nada a la vez. El movimiento acelerado de imágenes, discursos, bienes, propuestas y múltiples posibilidades, transforman la velocidad en inmovilidad, ya que se vuelve imposible obtener cualquiera de esas propuestas, sin que pasen a ser antiguas y sin valor al instante de ser alcanzadas.

El neoliberalismo deja una extraña sensación de orden en medio del caos, genera una idea de mundo conocido y ordenado a través del temor al otro y promueve la máxima exacerbación del individualismo como su expresión más relevante. De este modo organiza nuestras sociedades en una conjunción que va y viene entre miedo y promesas de placer efímero.

La ruptura y estallido en múltiples formas de la amalgama entre igualdad, libertad y fraternidad que dio forma a los pensamientos utópicos y transformadores durante todo el siglo XIX y gran parte del XX sirvió para naturalizar y hacer invisibles las desigualdades sociales, el desgarramiento de la sociabilidad y el aislamiento.

La noción de desigualdad como derecho, utilizada por la cruzada neoconservadora iniciada a mediados de la década de los setenta del siglo pasado, sintetiza de alguna manera esas ideas. De este modo la igualdad en algunos sectores de nuestras sociedades sigue siendo percibida y presentada como un peligro, riesgo o abuso, que puede coartar o terminar en forma definitiva con la libertad. Así, se suele hablar de exceso de derechos o de la utilización de las políticas sociales como forma de abandono, ociosidad o proto-delito.

Las desigualdades sociales construyeron otras formas de relación social en las cuales la inclusión genera temor, especialmente desde la

imposición de un discurso donde la sociedad es un pequeño espacio para pocos, mientras que los territorios de la exclusión social la rodean, acechan y a veces la invaden. Éstos son presentados, especialmente desde los medios de comunicación y los imaginarios sociales como áreas de guerra y violencia de los cuales sólo se puede huir desde diferentes formas de encierro espacial y subjetivo.

A su vez, la exclusión social opera como un ordenador de la sociedad: cada «incluido» acepta cualquier condición o propuesta para seguir perteneciendo a una espacialidad metafórica que se asocia a la posesión de objetos, bienes y cierta idea de estabilidad laboral. En esta tensión entre inclusión y exclusión, presentados como territorios en tensión y guerra, la incertidumbre generada desde ciertas formas discursivas impide en diferentes sectores de nuestras sociedades proyectar ideas de futuro y transformación, tornándose éstas en formas subjetivas de padecimiento y temor. Aun así, en la aceptación del aislamiento de los otros, las sociedades construidas desde el temor con la única promesa del hiperconsumo como resolución hedonista del deseo, están franqueadas por la decepción. La angustia como «zona» no sabe de inclusión o exclusión social.

La caída del paradigma neoliberal genera una serie de nuevas tensiones entre dos modalidades discursivas. El discurso neoliberal, asociado a un devenir signado por la fatalidad y la impotencia, donde las ideas son presentadas como sinónimo de conflicto y fracaso, y la verdad única está en el mercado, se enfrenta con un resurgimiento cada vez más fuerte del discurso de la voluntad como camino de transformación política, económica y social planteada desde lo colectivo, la pertenencia a proyectos como sinónimo de certezas y seguridades.

El lazo social como lenguaje

El lazo social, aun así, se fue construyendo en forma dificultosa, precaria, compleja, en el temor a la exclusión social. El lazo social se fue conformando como un lenguaje que habla en forma balbuceante de tramas sociales, pautas y códigos, donde es posible y muchas veces necesario reconocer retazos de relatos e historias negadas por años de dictaduras militares y económicas. El neoliberalismo contaminó la sociabilidad imponiendo la lógica costo-beneficio, el temor al otro, incluso su objetivación, ratificando dificultades en las relaciones sociales, impactando de formas diferentes en el lazo social.

De este modo, el lazo social se presenta como un lenguaje a develar en cada circunstancia interventiva. El lazo social es un lenguaje en sí mismo, que «habla» en cada escenario de intervención. Esta expresión se presenta como un observable, ya sea desde la pérdida y el deterioro como de la posible resignificación de diferentes espacios de socialización que nuestras culturas fueron construyendo en contextos de lucha y resistencia, política social y cultural. Esos espacios de socialización perdidos o desmantelados también nos muestran otra cara de este proceso de sumisión: la crisis de los sistemas de código y sanción, la separación entre cultura y regulación social. El lazo social de esta manera se transforma en una forma de relación social mediada por la cultura, el lenguaje y la historia.

El lazo social es un lenguaje, posee un orden, pautas, formas y multiplicidad de posibilidades. El lazo social está allí, nos precede, desde la historia y los mandatos sociales. Desde papeles prescriptos y significados desde una estrecha relación entre cada actor social, el escenario de intervención y sus componentes. Es también un observable de la interacción, las relaciones sociales informales y la vida cotidiana. El lazo social es, de esta manera, un mecanismo atravesado por lo simbólico, que da cuenta de la relación entre sujeto y mundo social, es singular y está compuesto por elementos materiales y múltiples significaciones que se hacen necesarios en la construcción de subjetividad, dado que actúan como mediadores en la construcción de diferentes sistemas de significados y valores que nos hacen sujetos.

En la actualidad, la mirada al lazo social se ha vuelto más compleja, ya que, la intervención social nos muestra nuevos relatos alrededor de éste. Se habla de su condición efímera, de su relación con la sobrevivencia, el atravesamiento de la búsqueda de beneficios en su constitución, en definitiva de sus diferentes formas de resquebrajamiento.

La protección social

El retiro del Estado como instrumento de protección social, que determinó el neoliberalismo como doctrina política y económica, no implicó su ausencia, sino una nueva presencia como agente del poder punitivo, generando más y nuevas rupturas. La sanción y el código comenzaron a ser impuestos desde lógicas ajenas a nuestras culturas; surgieron pautas y formas de comprender y explicar los problemas sociales, en general a

partir de una perspectiva tecnocrática y normativa que convocaba y convoca a la intervención sólo desde su aspecto coercitivo.

Con el retiro, tecnocratización y achicamiento de la protección social, también se fueron deteriorando los sistemas de regulación provenientes del aparato estatal, que habían sido resignificados a partir de múltiples luchas. La erosión institucional de lo público generó un desgaste que va desde la vida cotidiana hasta las propias lógicas de las instituciones que se encuentran «estalladas» y con pocas posibilidades de comprender los escenarios complejos donde se asientan.

Asimismo, también surgen nuevas formas de malestar que se relacionan con una sensación de ausencia del todo social como lugar de cobijo, pertenencia y construcción de identidad. Como telón de fondo, la incertidumbre y la idea de no futuro generan nuevas formas de lenguaje, que se inscriben en el lazo social; éstas van desde lo verbal hasta lo corporal, donde lo que se manifiesta en primer lugar es la pérdida de la palabra, ausente o cercenada. Así, el cuerpo se presenta como un nuevo lugar del habla.

En las sociedades neoliberales y postneoliberales, los cuerpos muestran la identidad, desde diferentes inscripciones. Marcas de las múltiples formas de la violencia que atraviesa a nuestras sociedades, o incluso cortes autoinfligidos, que hacen objetivo el padecimiento subjetivo.

De este modo, el neoliberalismo logró alterar un orden discursivo e imponer otro que puede leerse en la textualidad del lazo social. En otras palabras, hizo «estallar» por la fuerza una forma de gramática que se presentaba como producto de luchas y tensiones. La recuperación de esa gramática perdida por efecto de las dictaduras y la represión, se muestra como campo de intervención desde diferentes disciplinas de lo social, como un mandato político que simplemente implica el rescate de la historia y lo colectivo en nuestras sociedades. Sin esa recuperación, el malestar simplemente se actúa, se queda sin palabras, se transforma en nuevas modalidades de la violencia que atraviesan la cotidianeidad. La no circulación de la palabra lleva al acto violento, efecto de represiones que operan desde el contexto y se entrometen en la subjetividad. El retorno del Estado como garantía de protección social, comienza a construir nuevas certezas, algunas todavía no manifiestas, otras enmarcadas en las dificultades de los dispositivos clásicos de intervención social dentro de instituciones arrasadas por la lógica neoliberal.

El lazo social como territorio de puja y conflicto

El lazo social se presenta como un campo de tensión y disputa entre el discurso neoliberal y el colectivo. También es posible leerlo, conocerlo en la sociabilidad, en su orden, en su forma de codificación.

Así, la intervención social comporta una necesaria recuperación del habla, del lenguaje de las formas de decir a través de diferentes dispositivos que intenten revincular al sujeto con la cultura, con los otros, con su historia. Esto implica también una mirada hacia las diferentes profesiones, con la perspectiva de recuperar el sentido de modalidades de intervención que dialoguen con la historia, lo lúdico, lo expresivo, la pertenencia y la identidad.

Pero además, en la complejidad actual puede involucrar nuevas miradas hacia lo grupal, lo territorial y la recuperación de la mirada hacia lo singular como formas de intervención abierta, que permitan o faciliten un encuentro con el otro de manera profunda e intensa.

Posiblemente, para intentar recuperar y reconstruir junto con los otros, como sujetos de intervención, nuevas formas del discurso, se hace necesario que las distintas disciplinas de lo social generen la recuperación de su propia palabra.

El neoliberalismo recortó también la gramática y el orden discursivo de las prácticas, impuso manuales de procedimientos, formas de decir y de registrar que rápidamente se transformaron en modalidades de intervención. La recuperación de la palabra se vincula no sólo con nuevos glosarios y conceptos, sino también con modalidades de escritura, de decir, donde la recuperación de la metáfora tenga la posibilidad de generar un abandono progresivo de tecnicismos copiados de otros campos y que sólo pueden ser útiles para hacer «fotografías», descripciones, a veces pormenorizadas del presente de una situación pero que imposibilitan su comprensión como construcción histórico social y, como proceso, mutilan la capacidad de intervención.

El orden del discurso neoliberal impactó de manera relevante en las ciencias sociales, paradójicamente las dejó sin escenario, sin contexto, haciéndolas ingresar en el terreno de lo abstracto, de ideales de sujeto, familias, barrios muchas veces contruidos desde perspectivas dramáticamente alejadas de nuestras realidades.

Recuperar la palabra también sugiere una nueva relación con lo territorial. Para esto, tal vez haga falta aprender de nuevo a escuchar las voces del territorio, de sus actores, significaciones y sentidos para reconstruir lenguajes y subjetividades.

La discusión acerca de las palabras en la intervención social lleva por otra parte a revisar conceptos, categorías, variables, indicadores para poder, desde ese proceso, renombrar y poder transmitir de otras formas, tanto desde nuestro lenguaje escrito como oral. En este aspecto, sobresale la necesidad de interpretar, de conocer en profundidad las diferentes situaciones de intervención y su impacto subjetivo.

De esta manera la intervención social se refuerza como espacio intersubjetivo, atravesado por las representaciones sociales que rodean al problema que generó la demanda de intervención. Así, tal vez sea posible pensar en la intervención con nuevos horizontes, que van desde la desnaturalización de la desigualdad hasta la recuperación de la ciudadanía.

En este punto se inscribe el compromiso ético de las profesiones actuales, desde diferentes esferas, reconociendo en principio que la intervención es una «deliberación», es decir una práctica que necesita nitidez en el sentido, definiendo con claridad *desde dónde* y *para qué* se interviene. Delimitando de esta forma su lugar en la tensión entre el discurso del devenir sin sentido o la recuperación de la épica de la transformación.

Bibliografía

- ARLT, Roberto. *Los siete Locos*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- CARBALLEDA, Alfredo. *Los cuerpos fragmentados*, Buenos Aires, Paidós, 2008.
- CARBALLEDA, Alfredo. *Escuchar las Prácticas*, Buenos Aires, Espacio Editorial, 2007.
- COMAS, Corina. "Lo Social y el padecimiento Subjetivo", tesis de maestría (FLACSO), Buenos Aires, (Mimeo), 2005.
- LIPOVETSKY, Gilles. *La Sociedad de la decepción*, Buenos Aires, Anagrama, 2008.

Desigualdad educativa y territorios de relegación. Un nuevo escenario para un viejo dilema.

María Diloretto y Daniela Larocca

Introducción

El presente trabajo se halla inscripto en una investigación más amplia, que se encuentra en desarrollo, denominado "La Accesibilidad a los servicios sociales en los territorios de relegación de la Región Capital.¹ Un estudio de casos a escala barrial".²

Al intentar reconstruir los accesos a los servicios sociales y sus usos diferenciados hemos visto que éstos constituyen un interesante enclave desde donde abordar e intentar comprender la cuestión social desde la perspectiva de la desigualdad. Esto nos ha llevado a repensar qué consideramos *territorio* y los entramados sociales que sobre él inciden.

De los avances efectuados en el marco de la investigación, hemos podido observar cómo algunos de dichos servicios nos permiten interpretar en forma más cabal la manera en que se han ido debilitando los espacios sociales de intercambio y cómo los vínculos entre grupos con distintas trayectorias económicas y sociales, se han vuelto más esporádicos.

En este sentido, la educación aparece como un campo que ha sufrido significativamente los efectos de las políticas neoliberales. En un pasado, era espacio de intercambio e interrelación entre distintas clases sociales (Diloretto, 2009); en la Argentina de los '90 la educación se polariza, y contribuye a incrementar la polarización en una sociedad cada vez más fragmentada.

1. Llamada así por estar integrada por la capital de la Provincia de Buenos Aires, el municipio de La Plata, junto a los municipios circundantes: Berisso, Ensenada, Punta de Indio, Brandsen y Magdalena. Éste ha sido el planteo de integración regional más importante de los últimos años.

2. El proyecto es dirigido por el Dr. Alfredo Carballada y co-dirigido por la Lic. María Diloretto. La Lic. Daniela Larocca es integrante del equipo de investigación.